

## Meditaciones lejos de La Carlota

---

Dr. FRANCISCO ALCANTARA PINEDA

...“Pues sí, yo soy de La Carlota; pero de La Carlota capital”...

Esta fue la rotunda afirmación que un caluroso mediodía de julio escuché, con bastante sorpresa por mi parte, en el tren correo de Córdoba a Sevilla por Ecija y Utrera, a la altura aproximada de la localidad de Marchena, durante un respiro que, al uso de la región, habían convertido en mercado nuestro coche y nos martilleaban con su polifónico pregonar de bocadillos, refrescos, cigarrillos, helados y no sé qué dulces o tortas de la tierra.

Quien haya hecho este mismo recorrido en aquellos trenes que, por antiguos, incómodos y desesperadamente lentos, ha tiempo que debieron ser retirados del uso, estará conmigo de acuerdo en el tedioso aburrimiento del viaje. Significaba éste un despilfarro tan exagerado de tiempo—alrededor de catorce horas para recorrer unas treinta leguas escasas—que los viaperos, al final del trayecto, solían terminar por unanimidad en la creencia de ser verdaderos inquilinos del tren... Y en este tren-hogar o en esta suerte de crucero ferroviario, los usuarios, cada uno según su propio carácter, procuraban llenar las horas muertas del viaje conversando, discutiendo, tarareando alguna tonadilla de moda, jugando a las cartas, hojeando algún libro o periódico, contemplando el ardiente paisaje... o haciendo todo esto, sucesiva y repetidamente, por ser mayor el tiempo disponible que la inventiva de los individuos para ocuparlo.

Yo, incorregible curioso y pacienzudo cazador de acecho, solía en estos viajes instalarme en un estratégico asiento, previamente calculado, como obligado paso de comentarios, dichos y comportamientos, y allí parapetado tras la lectura poco aprovechada de un libro cualquiera o tras un simulado dormir, observaba, analizaba y clasificaba, a falta de un más importante quehacer, el variado bullir de tipos de mi derredor, anhelado en la esperanza de cobrar la rara pieza de un hecho de interés en mi expectante cacería. Aquí, cerca de mí, unos jóvenes hablan de Basoras, Zarras y Pasiegos y de unas actuaciones futbolísticas de los españoles en Brasil; allá, en los asientos del fondo y alternando con temas cinegéticos de liebres, galgos y perdices, se ensalzan las cualidades taurinas de unos

novillos —Martorell y Calerito— que acaso pudiera ser los herederos del trono vacante por la muerte del gran Manolete; a este otro lado, unos señores muy serios especulan sobre el problema alemán, derivando después la conversación, ahora bastante menos seriamente, sobre fiestas, juergas, bailes y mujeres; otro grupo, constituido por hombres de campo, discute sobre cosechas y ganados; unas mujeres critican el coste de la vida; un sacerdote, de sudoroso rostro, tirilla desabrochada y teja volatinera a guisa de abanico, repasa su breviario; una familia compuesta de padre enjuto y rostro cetrino, de madre opulenta en su obesa anatomía y de cuatro desarrapados chiquillos, verdaderos maestros en travesura y desparrajo, ataca las entrañas de una enorme cesta, sorprendente piñata sin fondo, donde las tortillas, el jamón, la morcilla, el enfiambreado conejo con tomate, el chorizo, el lomo en adobo, los plátanos y el pan moreno constituyen los principales premios que se adjudican estos aprendices de espeleólogos que, posiblemente con demasiada frecuencia, introducen sus manos, diestras en capturas, hasta las mismas profundidades... Y, en medio de todo este revoltijo, el calor, los vendedores ambulantes, los rifadores, las moscas, el ruedo jadeante de la locomotora, los chirridos, la nana acompañada del balanceo del tren, el olor a verano y a sudor, a carbonilla y el polvo... y un sopor tedioso y envolvente de labios resecaos, poros abiertos y párpados pesados, que conduce a la añoranza de parajes umbrosos, aguas cristalinas, hierba fresca y siestas perdidas.

Y entonces, un respingo nervioso, una repentina vuelta a la total vigilia, un insólito tema de meditación. Muy cerca de mí, y de un grupo de tres personas, que hasta entonces me habían sido inadvertidas, surge el comentario que gana totalmente mi interés:... “Pues si, yo soy de La Carlota; pero de La Carlota capital”...

Mi interés es doblemente motivado. Primero, porque se habla de mi pueblo en boca de un paisano; en segundo lugar por el espoleante incentivo de lo incomprensido.

Nadie dude de mi cariño y apego por la tierra que me vió nacer. Al otearla en mis regresos desde el horizonte, el corazón se me ensancha y noto sensaciones de protección, libertad y calor que sólo las da el hogar verdadero. Cada colina, cada arruyuelo y cada pedregal están presentes en una vivencia de mi infancia. Tras el carcomido tronco de este olivo, en ese claro de adelfas o en el carrizal de aquel ribazo, brotan a mi paso los recuerdos más diversos... Y, en el pueblo, sus calles y sus plazas, las viejas roturas del empedrado y del asfalto, aquella casa de zócalo gris y ventanas verdes, la escuela, el mercado, el ayuntamiento, la iglesia y el mismo cementerio, me cuchichean secretos de acontecimientos que fue-

ron y que sólo nosotros compartimos... Y esta anciana que ahora cruza por la calle, fresca y lozana moza en mi niñez, revive en mí emociones olvidadas por ser réplica exacta de aquella otra que de muy niño me enseñó a colocar el zumbel en el trompo y a pelar las castañas... Todo esto es cariño filial, identificación del hombre con su tierra, recepción de la fuerza de la propia estirpe, correspondiendo, en pago, con un deseo infinito de grandeza y elevación de la patria chica y el ofrecimiento implícito de laborar por su mejora y esplendor... Pero, a mucho que conduzca este proceso de sublimación, La Carlota sigue siendo realmente un pueblo pequeño, al que siempre le quedará grande el apelativo de "capital", por lo que continúa aún dando vueltas en mi mente la expresión escuchada, sin que pueda llegar a comprenderla en su verdadero sentido.

...“Pues sí, yo soy de La Carlota; pero de La Carlota capital”...

¿Qué se habrá querido expresar con esta frase? ¿Qué habrá tras esta afirmación tan categórica?

Es sabido y así consta en los papeles de la historia, que el buen rey Carlos III, con el fin de terminar con el bandidaje de la agreste zona comprendida entre Córdoba y Ecija y entre Almodóvar del Río y La Rambla, cuya manifestación más ostensible se traducía en el frecuente asalto de diligencias y casas de posta, en el camino real que cruzaba la región (carretera general de Madrid a Cádiz, en la actualidad), ordenó la colonización de estos espacios, concediendo las tierras a título de propiedad, entre otros, a colonos alemanes, franceses y de los Países Bajos, a condición de su desmonte y de su labranza.

Harto conocida es la decisiva participación de Olavide en la empresa para que yo me dispense aquí de su rememoración, declinando, igualmente, el relato del pleito de los colonos con los yegüeros cordobeses, el espíritu legal que presidió el reparto de las tierras, el criterio o criterios de los distintos asentamientos urbanos y las delimitaciones de las distintas parcelas o “suertes” por caminos rectos, tirados a cordel, o “calles”. Es más conveniente, al fin pesquisitorio en que estoy empeñado, fijar ahora la atención en la colonia en el momento de su máximo esplendor: cuando se la llama “La Carlota y sus poblaciones”.

Organizada según el patrón departamental francés, explotada racionalmente en toda la extensión de sus suertes, con la vital presencia de sus hombres en cada parcela, en sendas casas de campo de extraordinario parecido entre sí, que la tachonan a lo largo y a lo ancho de su término, rodeada de diversos núcleos urbanos, que no son sino prolongaciones de ella misma en las distintas divisiones departamentales, habiéndose independizado por fin de la mediatización y rapiña cordobesa, urbanizada

conforme a los adelantos de la época y con edificaciones públicas y privadas de particular relieve, La Carlota tiene en esta época derecho en justicia, y de hecho lo ostenta, al atributo de la capitalidad.

Mas un nuevo encuadre, cabalgando en el tiempo, nos revela ahora un panorama decepcionante. Aquella prosperidad, esperanza para el futuro de las más altas realizaciones, ya no existe. El colono se ha integrado en el grupo étnico que le rodea y ha degenerado en sus costumbres. Ya no busca su bienestar y holgura por el trabajo, sino a través de la pillería, el latrocinio y el engaño. Por doquiera prosperan los tahures, los alcohólicos y los matones. Existen, por supuesto, muchas personas honradas y decentes, pero la seguridad de su vida y hacienda está seriamente amenazada, especialmente en algunos departamentos. Muchos criminales han formado "cuadrilla" y se han "tirado al campo" y se enriquecen con las "tasas de sus protecciones" La miseria abunda y se extiende. Aparecen los sin nada frente a los que lo han acaparado todo. El odio escarba lacerante hasta lo más profundo del alma de las gentes... Y surgen los choques y las venganzas y la Guardia Civil, única fuerza armada de la región, ha de emplearse enérgicamente en la defensa de las personas de bien... Y la colonia ya no es tal, que se fué desmembrando con estos avatares, quedando La Carlota, como pueblo pequeño y olvidado, parado en medio de la Historia, con escasos recursos y menos deseos de acrecentarlos, viendo cómo sus monumentos y edificios, destinados a usos muy distintos de aquéllos para lo que fueron construídos, se van transformando en ruinas. Si ahora hablásemos de La Carlota como capital, no tendría otro objeto sino el de evitar su confusión con la Chica Carlota, una de las aldeas que la rodean; pero el empleo de este término para tal distinguo no dejaría de tener su enorme cargazón de amarga ironía.

Ahora ya te comprendo perfectamente en tu expresión, querido paisano. Sé que tras tus palabras, que las hago mías, se manifiesta un subconsciente de herencias adlerianas que te hace ser señor, aunque estés pisando las ruinas de tu propio castillo. Hablas de La Carlota capital, no para distinguirla de una aldea, que para esto podrías utilizar otras muchas expresiones nada comprometedoras, sino porque sientes en tí, como legado, el hito colocado por nuestros antecesores los primeros colonos. Sé también, por propia experiencia, cuánto sentimos entrambos el abandono posterior de nuestra patria chica... y, por ello, una y mil veces, declaramos a voz en grito: ¡La Carlota capital!, con lo que intentamos borrar tiempos de desastre, yendo a iniciar nuestro punto de partida en las sanas raíces del verdadero carlotismo. De no comportarnos así, mejor sería ab-

jurar de nuestra estirpe, lo que equivaldría a nuestra completa destrucción en el nihilismo y despersonalización más absolutos.

Pero no, nosotros debemos subsistir. Somos los depositarios de unas tradiciones y de un acerbo cultural, y estamos comprendidos en su transmisión. No sé cómo te llamas, pero igual me da que seas Watt, Alós, Jimber, Muller, Petidier, Shillinger, Oto Skalkembüner, pues todos ellos son de los nuestros. Lo que estoy casi seguro es que no te habrán puesto nuestros paisanos ningún apodo, pues la costumbre es resaltar con los alias algún defecto personal, y tú no pareces tener ninguno. En efecto, tu constitución es atlética y tu estatura elevada, tu piel blanca, tu cabello rubio y los ojos azules. Solamente podría hacerse notar tu braquicefalismo acusado con ciertas tendencias a la turricefalia, pero esto más bien debe ser motivo de orgullo por tu parte, ya que te acercas más al tronco de tus mayores. Me dirás, acaso, que muchos otros del pueblo no son así. Es verdad, ni son así ni se llaman como tú; pero debes de tener en cuenta que los primeros colonos de nuestro pueblo fueron de origen diverso y que las influencias y entrecruzamientos posteriores han hecho surtir su efecto. ¿A tí no te han llamado, acaso, alguna vez "colón" por colono o por descendiente de colonos? Pues ahí tienes un ejemplo claro del efecto de las influencias. Del mismo modo, aunque tu lenguaje contenga el seseo silvanter cordobés —lo que es muy frecuente en nuestro pueblo— o el zezeo menos frecuente de sevillanos y malagueños, ¿no empleais tú y otros como tú el término "tregar" para significar la acción de caer, y otras expresiones particulares como *foget* (foget) por recordar y *estopar* (stop) por parar?... pues éstos son ejemplos palpables de los distintos orígenes de todos nosotros y de sus consecuentes influencias.

Pero no solamente tenemos que conservar y transmitir nuestra manera de ser, sino nuestra propia cultura. Se trata de nuestra literatura, de nuestra música, de nuestros bailes, de nuestras fiestas, de nuestras leyendas y, por qué no, de nuestras propias supersticiones.

¿No has intentado tú nunca bucear en este arcano popular? Pues yo sí. He pasado horas enteras en charla con nuestros paisanos más viejos, consiguiendo reunir un material casi desconocido de valor incalculable. Allí están nuestras letrillas, nuestras "puyas", las famosas "relaciones" o narraciones versificadas, de las que la titulada "Yegua blanca" (Hambre) alcanzó grande y justa popularidad en el último tercio del siglo pasado. Lugar importante ocupan también, entre este tesoro recogido, los cuentos, por su abundancia y diversidad. Los hay inspirados en las gestas medievales de moros y cristianos, como el del "Vino moro"; entroncados con la fantasía maravillosa y heroica de las narraciones germánicas, como

el del "Aguilucho", y, finalmente, de marcada influencia sajona, con sus brujas, machos cabríos y aquelarres, como ocurre con "El yegüero"... Y, en esta misma línea de lo fantástico, siguen también las leyendas, como la de la doncella encantada de la fuente del Membrillar en la noche de San Juan, la del sapo vampiro del Pozo Corrientes, la del jorobado de dos cabezas de la Casilla de las Doce, la del carretero del charco Bermejo y otras muchas más que renuncio a enumerar.

No quiero tampoco dejar de hablarte de los antiguos cantos recogidos: Los hay alegres, rebotantes, rítmicos, sencillos y, generalmente, intencionados, como los cantos de boda, de bautizo y las puyas de trabajadores. Otros son profundos, desgarrados, armoniosos, como las serenatas y las quejas de amor. Punto intermedio entre lo literario y lo musical ocupan los cantares, entre los que no quiero silenciarte la antigua "seguiriya" de cinco versos heptasílabos con rima entre el segundo y el quinto, y la soleá, de cuatro versos octosílabos y rima par.

De las fiestas anotadas, poco tengo que decirte, pues tú las has disfrutado igual que yo. Ya sabes, los carnavales con sus máscaras y sus juegos de corro, la Candelaria con sus luminarias, las Piñatas, las parejas en jacas enjaezadas de bodas y bautizos, las cencerradas en las bodas de viudos, el "cobro del piso" a los novios forasteros, etc. Quiero, no obstante, señalarte, por ya desaparecidas, la gran cabalgata de Navidad y una danza muy curiosa que se bailaba hace ya mucho tiempo en las buñoladas o "guñolás", haciéndolo de talones con las rodillas muy flexionadas y giros constantes, y que se llamaba la "Ducá".

Acabo, al fin, recordándote un poco nuestras supersticiones, si bien ello es casi innecesario porque a buen seguro, que tú también, en mayor o menor grado, estarás esclavizado por ellas. ¿Qué me dices del reptil que se nombra, de la sal que se derrama, de las tijeras que se giran, del espejo que se rompe, del número trece, de los exorcismos para curar enfermedades de los animales y de las personas, de los adivinos, de las preparadoras de bebedizos, del mal de ojo, de las imposiciones de manos, de los duendes y almas en pena, de los santones, del fatalismo, de algunas creencias de metensícosis, etc.? Por favor, te ruego que no te rías; estoy seguro que, si te escarbo un poco, en algún lugar te encontraré tu propio talón de Aquiles.

Pues todo esto y muchas cosas más constituyen nuestra cultura, que nosotros estamos en la obligación de aumentar, conservar y propagar. Si así procedemos, sin escatimar, al mismo tiempo, el esfuerzo del trabajo, volveremos a la realidad de La Carlota capital y a La Carlota y sus poblaciones. El "carlotismo" depende, en suma, de nosotros los propios carloteños.